

III Symposium Internacional. Avances en Regulación Natural de la Fertilidad

Relaciones conyugales y amor matrimonial

Extracto de la conferencia del Prof. Tomás Melendo Granados,
Catedrático de Filosofía Universidad de Málaga. Málaga 1992

En su raíz más honda, el núcleo de un amor verdaderamente humano es espiritual- como decía ya Aristóteles- amar es un acto *de la voluntad* con el que queremos el bien para otro; pero, en la misma medida en que ese amor supra corpóreo se manifiesta auténticamente *a través del cuerpo*, recibe un claro incremento, se engrandece ; y como las relaciones conyugales íntimas representa, por su misma naturaleza constitutiva, la manifestación física más adecuada del amor entre un hombre y una mujer, contribuyen de una manera excepcional a desarrollar el amor de los cónyuges.

Para entender el alcance de este somero argumento hay que apelar a una realidad con la que la medicina se topa constantemente, pero que muchos médicos se niegan con obstinación a reconocer. Me refiero a la constitutiva *unidad* de cada individuo humano, a la interdependencia entre los distintos ámbitos que lo constituyen. En nuestro problema, esa unidad estrechísima, que los filósofos llaman unidad substancial o unidad en el ser, reviste una singular importancia. Precisamente porque el hombre, cada hombre, es *uno*, la voluntad en que radica últimamente el amor, la afectividad donde residen los sentimientos, y la actividad física en que se encuadra terminalmente la unión conyugal, actúan en perfecta continuidad e interdependencia: de manera que el ejercicio de cada una de esas funciones se ve favorecido por el desarrollo equilibrado de las restantes y, cuando existe esa armonía, revierte sobre ellas, perfeccionándolas.

El corolario es obvio: en virtud de la radical unidad de la persona humana, el amor espiritual de los cónyuges se verá incrementado en la medida en que se exprese en los dominios afectivos -la ternura-y, en su caso, a través de la unión física. Insisto en que estos tres planos *no* son autónomos: el amor ejercido y expresado en cualquiera de ellos, incluso en los inferiores -cuando es verdadero y genuino- *arrastra* consigo los otros dos, que ven casi automáticamente acrecida su propia capacidad de amar. El cariño exteriorizado corporalmente, por tanto, no sólo revierte sobre el campo de la afectividad, que de ningún modo debe encontrarse

ausente de tales manifestaciones, sino que también agranda la misma capacidad voluntaria de *querer al otro en cuanto otro*: el amor, en su sentido más noble y elevado, lo que los clásicos llamaban amor de amistad o *benevolencia*.

Reitero que la clave para entender nuestro problema es la siguiente: la expresión *sincera* del amor, necesariamente lo refuerza, lo incrementa, lo amplifica. Pero, en una persona como la humana, compuesta de espíritu y materia, las manifestaciones más íntimas del espíritu se revisten tantas veces con los caracteres de lo sensible: el *lenguaje del cuerpo* es manifestación de las disposiciones más hondas del alma. En consecuencia, las exteriorizaciones sensibles del cariño revierten sobre la esfera psíquica - sentimientos- y sobre el amor voluntario: los incrementan.

Así ocurre, por ejemplo, cuando, para saludarse, dos personas se unen voluntariamente con un apretón de manos. Si la acción exterior es sincera, si manifiesta una amistad ya antigua o el deseo de iniciarla en esos momentos, el gesto externo servirá como acicate para la unión espiritual amistosa.

¿Por qué? Porque expresa con signos materiales la unidad de corazones y voluntades que los dos pretenden instaurar. La mano, en primer término, se adelanta y sale al encuentro de la, del (posible) amigo; después, se muestra disponible, entregándose francamente para ser “envuelta” por la mano ajena quedando incluida en el espacio vital de ésta última; por fin, engloba ella misma, al curvarse, a la mano amiga, introduciéndola físicamente en su propio espacio. Es decir: realiza parcialmente la unidad o identificación física y, por consiguiente, inaugura o incrementa la unión afectiva y de voluntades. Con una condición, claro: que, al estrecharse las manos, se actúe con sinceridad, con nobleza. Pero si este requisito se cumple, la simple acción física, aparentemente sólo exterior, constituye un medio eficaz para la unión íntima, de almas. Todos hemos experimentado hasta que punto un caluroso apretón de manos, en el que fácilmente se adivina un alma y un corazón, acerca irresistiblemente hacia la persona de quien así nos saluda.

Pues todo ello se ve elevado a la enésima potencia en el abrazo, alcanzando el *summum* de la eficacia en el abrazo conyugal amoroso, en la cópula. “Entre adultos -observa Edmon Barbotin, la extensión de la mano hacia el otro, el mutuo estrechamiento en que cada mano es a la vez acogedora y acogida, constituye la más corriente manifestación de compenetración física. El abrazo es aún más significativo, mis brazos se extienden hacia adelante y se abren para prolongar mi lugar corporal; ofrezco un espacio vivo que es mío, que soy yo, donde el otro está

invitado a entrar.

El abrazo, cuyo significado culmina en la unión conyugal, expresa la intención esencial del amor: coincidir con el otro, crear entre ambos una nueva "unidad" y al manifestarla, añadido yo, inevitablemente la "realiza", la incrementa, la consolida, la perfecciona.

Se entiende, entonces, que las relaciones conyugales -cuando en verdad son expresión de amor genuino-, constituyan una de las herramientas más eficientes para incrementar, a su vez, el amor entre los esposos. Porque, en efecto, como recuerda Barbotin, la pujanza y la significación del abrazo se acrecientan de manera casi impensable en la unión conyugal. ¿Por qué motivos? Si tenemos en cuenta que el amor, como recordaba ya Dionisia Areopagita, es una cierta *vis intuitiva*, una fuerza que origina *comunión* o *identificación*, y que los gestos corporales serán manifestativos de ese afecto en la medida en que realicen la *compenetración* física, la respuesta no puede ser más clara. La cópula puede representar en proporción sublime la personal unificación amorosa por tres motivos.

1. El primero, porque en ninguna otra manifestación sensible del cariño la penetración recíproca de los cuerpos es más interna, alcanzando tan íntima profundidad.
2. Después, porque en ninguna otra ocasión, el espacio personal compartido es tan vivo, y se encuentra tan inmediatamente en contacto con las fuentes de la vida.
3. Por fin, porque jamás como en el caso que estamos considerando, las "porciones del propio cuerpo" puesta en contacto -los gérmenes vitales- pueden llegar a compenetrarse tan entrañablemente, y a identificarse, hasta el punto de fundirse en una sola realidad vida, que sintetiza en un único sujeto -el hijo- el espíritu vital de los padres.

¿Cabe acaso, una mayor "coincidencia con el otro"; es pensable un modo más hondo y sublime de "crear una nueva unidad" ¿Se entiende, entonces por qué, en cuanto máxima expresión de la donación comunicativa, las relaciones conyugales no desprovistas artificialmente de su significación natural "realizan" un progresivo

incremento del amor entre los esposos?